

La Alegre Etapa de un Galón

Por
Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de fragata (R)
Armada de Chile

En todas las Marinas del mundo, cada galón agregado a la bocamanga azul, tiene especiales características, sea por las nuevas labores específicas que a éste corresponden, sea por las responsabilidades que al feliz poseedor le atañen en ese largo camino al Almirantazgo. Y ¿a qué negarlo?, en los años mozos, un galón más, lo acerca más y más a la bien amada.

Esas responsabilidades y esos deberes cambian de una Marina a otra según sea ésta grande o pequeña. Pero hay un grado cuyas características son similares y comunes a todas las Armadas del universo: aquel que en nuestra Marina antigua se designaba con el título de guardiamarina de primera clase. El grado anterior que recibíamos al abandonar la Escuela Naval —guardiamarina de segunda clase—, era para nosotros el de un simple cadete embarcado que debía realizar a bordo un período práctico, aplicando los conocimientos adquiridos en tierra firme.

El guardiamarina de primera era ya oficial. Ese grado marcaba el primer peldaño a lo largo del extenso escalafón y estaba señalado por un simple galón delgado —el "fideo"— como cariñosamente lo llamábamos, que deberíamos llevar durante un período de dos o tres años. Coincidió ese tiempo con los mejores años de nuestra vida —veinte a veintidós de edad— cuando recién se va dejando atrás el "casarón" para pisar firme en la etapa de "hombre". Edad magnífica en que todavía restan vestigios de

niñez, grado del servicio en que todavía no se asumen responsabilidades específicas; etapa de la vida en que todavía podemos dar rienda suelta al buen humor, a la risa sana y alegre, al espíritu arrollador de vivir; a esas ansias de realizar jugarretas que aún no mueren definitivamente en el temperamento del muchacho-hombre y que en algunos perdura excepcionalmente durante toda la vida, llegando al final de la carrera cargado de galones, pero siendo en sí un simple almirante-guardiamarina. Los hay también guardiamarinas-almirantes y son aquellos que, cuando apenas colocan en su bocamanga el "fideo", asumen la gravedad que traen consigo las fajas doble ancho: han destruido prematuramente su hermosa juventud.

Pero a ese espíritu juvenil propio de una edad común, debe agregarse otro de relieves igualmente universales: el de cooperación entusiasta en todas las actividades de la institución en las horas de paz; la audacia y valor sin trepidaciones en la hora de guerra. Nuestra pequeña Marina podría ofrendar al mundo el nombre de Riquelme, como ejemplo clásico del oficial de ese rango, alegre, entusiasta, capaz de escribir unos bien rimados versos, un poema sentimental; o alegrar las horas de paz con las melodías de su violín, y que, en el momento del combate, supo luchar valientemente: en un rasgo de heroísmo sin precedentes, mientras la nave se hundía nimbada de glorias, disparó contra el enemigo el último proyectil del último cañón que permanecía a flote.

En los grandes conflictos mundiales del pasado, esos oficiales de un galón han escrito brillantes páginas en la historia de sus respectivas Armadas. Ellos eran los que tripulaban los pequeños submarinos o las lanchas de desembarco: en las horas de paz, estaban listos para hacer una jugarreta al almirante más severo; en el momento del combate, luchaban espada en mano con arrojo incontenible.

Pero hay algo más que une a estas juventudes internacionales: es como un lenguaje común que los acerca salvando todos los obstáculos, igualándolos cualesquiera que sea su origen o nacionalidad. Hace más de cincuenta años, en los momentos que nuestro buque-escuela entra-

ba a la rada de un puerto oriental, nos llamó la atención un crucero que, anclado en la bahía, lucía en su coronamiento de popa la bandera imperial de los zares de Rusia. Hacía ya largos meses que los acontecimientos internos de ese país habían implantado la república, terminando con el régimen de los zares, tras una sangrienta lucha. Fuimos informados que se trataba de un crucero que había escapado a la revolución a cargo casi exclusivamente de oficiales jóvenes. Como no podía ser de otro modo, de inmediato uno de los nuestros se trasladó a bordo para saludarlos e invitarlos a cenar en nuestra cámara esa misma noche.

Llegaron a la cita puntualmente unos veinte muchachos más o menos de nuestra misma edad, entre los cuales sólo uno que hacía de jefe, hablaba un poco de francés; el resto, únicamente hablaban su propio idioma, absolutamente desconocido para nosotros. Diez minutos más tarde, ya en nuestra cámara, hacíamos esfuerzos mutuos por comprendernos; veinte minutos más tarde, durante la cena, alternábamos con chascarros y frases marineras, para culminar poco después con canciones internacionales que coreábamos con entusiasmo y, finalmente, al despedirnos en el portalón, nos entendíamos a la perfección como camaradas de toda una vida; es que nos unía algo en común: ese grado de guardiamarinas que hermana internacionalmente a todos aquellos que llevan un "fideo" en la botamanga azul.

Pero volvamos a nuestra Marina del pasado que nos tocó vivir, a la que me referiré principalmente a través de estos relatos; época de nuestra vida que no puedo menos de calificar de amena y eficiente.

El grado exigía una estadía de dos o tres años antes de pasar al peldaño siguiente: teniente segundo.

Durante el primer año se nos embarcaba en grupos de seis u ocho en los viejos cruceros, en donde se nos asignaba un teniente para que, haciendo las veces de instructor, nos guiara en los requisitos de cálculos, observaciones, memorias y otros que se nos exigía para optar al grado superior.

Esta calidad de semi-alumnos en que, diríase, no se nos largaba aún en la línea recta de oficial, fijaba ciertas limitacio-

nes curiosas. En primer lugar, se nos establecía un regimen de bajadas a tierra: sólo podíamos hacerlo jueves, sábado y domingo; luego, se nos prohibía estrictamente vestir de civil. El día de francos, debíamos recogernos a más tardar en la embarcación de medianoche y muchas veces firmar un libro para certificar nuestra presencia a bordo. Naturalmente, nuestro espíritu juvenil nos llevaba a idear la manera de burlar tan severas disposiciones. El bajar a tierra cualquier día, no era aconsejable, pues corríamos el riesgo de encontrarnos con oficiales de nuestro buque en tierra; pero el vestirnos de civil una vez en tierra no ofrecía gran problema: era cuestión de contar con una tenida completa, de la cual nos serviríamos cuatro o cinco. En efecto, uno utilizaría solamente la corbata y el sombrero; el pantalón de uniforme y la camisa abierta deportivamente, más el vestón de civil, bastaba para un segundo; los zapatos de color y un abrigo de civil, transformaba a un tercero en "bombero", como lo llamábamos. La firma de recogida era un obstáculo que de alguna manera salvábamos. En cuanto a la hora de recogida, ¡qué sencillas eran las recaladas entre cinco y seis de la mañana! A esas horas solamente estaba en cubierta alguno de los nuestros; por lo demás no era indispensable subir al buque por el portalón; la escala de gatos del tangón de botes nos ofrecía un buen medio, y a falta de éste, era sencillísimo hacerlo por la cadena de fondeo...

En algunos puertos, los fleteros suprimían el servicio después de medianoche; entonces, algunos de los nuestros se sacrificaba lanzándose al agua para sustraer alguno de los fondeados cerca del embarcadero; en él regresábamos a bordo valiéndonos de las manos como remos. ¡Qué de canciones escribimos esos años dedicadas a esas sabrosas "recaladas"! Una de éstas, que aún se recuerda en estos días, comenzaba así:

"Con la gorra calada hasta el cuello...".

Ese grado justificaba y justifica aquello de "un amor en cada puerto...".

En verdad, cada uno de nosotros tenía su "preferida" en todos los puertos del litoral. Es que en ese grado y a esa edad, las futuras suegras no clavan muy

agudamente los ojos; se los considera muy niños, sin un porvenir seguro todavía, sólo aptos para entretener a sus hijas, muchachitas de catorce a quince años que recién se inician en esas lides sentimentales, sin mayores complicaciones. Si entregan sus labios, lo hacen dulce e inocentemente. Claro está que no faltaban aquellos fieles incorregibles que caían mortalmente heridos en el primer puerto, aunque éste fuera un peñón austral, y no levantaban cabeza sino cuando, tres o cuatro años más tarde, se encontraban reclinados frente a un altar, teniendo a un lado a la que sería su esposa y al otro, la que sería su suegra.

Eramos quienes justificábamos a su vez la proverbial sociabilidad del oficial de Marina; grandes bailarines, jamás faltábamos a una fiesta y estábamos siempre listos para organizarlas. Eramos los que formábamos en las grandes comparsas juveniles del pasado; éramos los que estábamos listos a participar en un escenario en veladas benéficas.

Competidores incorregibles de los tentantes que miraban a las muchachas con fines serios, no nos deteníamos en detalles para arrebatarnos la presa, y ellas... eternamente femeninas, burlándose de sus serios perseguidores, coqueteaban con nosotros sin importarles el agravio de las mamás que preferían saberlas semi-colocadas. Las "suegras" no cabían en sí: ¿cómo era posible que esas muchachas perdieran la cabeza por un simple galón, en circunstancias que aquellos oficiales de dos franjas en la bocamanga les garantizaban un porvenir a corto plazo? Ignoraban la influencia y atracción que tenía y tiene el simple "fideo" en el alma de sus pícaras hijas.

A esa edad magnífica, nuestras carteras exhaustas apenas si nos permitían llevar a nuestras amigas una o dos veces al cine y galantemente lo hacíamos aunque quedáramos sin dinero para cenar. Pero ellas, conocedoras de nuestras finanzas, finas y amables, nos retribuían en sus casas con una taza de té o un plato de sopa, sin que ello diera motivos para que las temibles "suegras" pusieran demasiada carnada al anzuelo.

Ya al segundo año de nuestro "fideo", estábamos capacitados ampliamente para desempeñar con eficiencia numerosos

puestos del servicio. Desde luego, las "cafeteras" —lanchas a vapor de los viejos cruceros— no ofrecían dificultades para nosotros, al extremo que cuando llegaron esas verdaderas "torpederas" de nuestro acorazado, nos lucíamos arrogantemente en sus diversas maniobras o remolcando "el blanco" frente a los barcos fondeados, en aquellas horas que dedicaban los "artilleros" a jugar al "pin-pin" (ejercicio de puntería sobre blanco remolcado, con tubos de siete milímetros). ¡De cuántos graciosos incidentes fuimos protagonistas en esos tiempos!

Algunos podían darse ínfulas al mando de pequeños remolcadores como el "Artillero" —noble perro fiel— que cuando la escuadra se hacía a la mar, la seguía a distancia, perdiéndose bajo las enormes olas en las alturas de Coquimbo, o frente a la costa ante terribles "westazos".

Otros, la élite, los "buona faccia", formaban parte del Estado Mayor, luciendo radiantes los "aiguilletas" al acompañar al almirante de la flota en sus visitas oficiales.

Podíamos vestir de civil sin restricciones. ¡Todo iba mejorando; todo... menos las finanzas! Habríamos dejado de ser guardiamarinas si nuestras carteras abundaran en billetes; éramos los mismos bohemios que apenas teníamos lo suficiente para medio cenar en algún restaurante de un barrio marineramente de un puerto cualquiera. Podíamos vestir de civil, sí; pero, pese a la buena voluntad de la "viuda Fenner", pocos eran los que podían darse lujos. Sin embargo, este inconveniente —la falta de buenas corbatas, calcetines finos, pañuelos de bolsillo elegantes— era subsanado fácilmente por algunos, tras pequeñas e inocentes jugarretas: utilizando sencillamente prendas de vestir de los tenientes, del comandante y hasta del propio almirante.

En cierta oportunidad, un guardiamarina esperaba embarcación en el portalón junto a otros oficiales. El almirante había ordenado para sí una embarcación a motor, dedicada exclusivamente para el Estado Mayor, la que ya se encontraba atracada al portalón. Cuando al llegar a cubierta vio al grupo de oficiales, con toda atención los invitó a compartir

su lancha a motor. Ya en viaje a tierra, observó a uno de los oficiales:

—¡Qué bonita corbata, guardiamarina Vicuña! —advirtió—, ¿dónde la compró?

—En Iquique, señor almirante—, respondió éste seriamente; es bonita en verdad.

—¡Y qué bien combinan los calcetines...!

—Efectivamente, almirante, es la moda de hoy.

—Veo que también usa bastón...!

—Sí, señor almirante, me gusta llevarlo en este tiempo que tanto se usa...!

Lo que Vicuña no confesaba era que corbata, calcetines y bastón formaban parte del extenso ajuar del propio almirante. Este se daba cuenta cabal del asunto; pero el guardiamarina tendría buen cuidado de dejar esas lujosas prendas en el sitio que las había encontrado, oportunamente.

Estas jugarretas algunos las realizaban siempre a lo largo de la carrera, los bohemios recalcitrantes, indudablemente. Nunca olvidaré lo que me ocurriera siendo comandante de un transporte de grutas recordaciones: mi "segundo" —inolvidable y bohemio amigo— cada vez que deseaba algunas prendas finas, recurría a mi propio ropero. Yo lo sorprendía infraganti con mis corbatas, calcetines o pañuelos; mas, debía silenciarme, recordando cuántas veces en mi juventud me había dado lujos inusitados utilizando prendas de mis propios comandantes. El entusiasmo, la alegría de los viejos cruceros estaba radicada en nosotros que sabíamos mantener latentes la gracia y el buen humor, atributos propios de los veinte años y de ese único galón de la bocamanga.

Cuando las necesidades del servicio lo requerían, la Dirección del Personal o la Comandancia en Jefe de la Escuadra, disponía que alguno de los más antiguos pasara a desempeñarse como teniente a bordo de un destructor; honor inusitado, demostración de confianza ilimitada, premio al buen desempeño y a la preparación profesional. —¡todo lo que se re-

quiere!—; pero era la iniciación de la agonía de ese grado tan querido, era el comienzo de la nueva etapa de responsabilidades que —sin quererlo— afectaba nuestros corazones deseosos de seguir siendo niños por muchos años.

Ese espíritu, ese entusiasmo, esas an-

sias de seguir aferrados a los veinte años, no decaerá jamás en esta muchachada de semejanza internacional que lleva en la bocamanga azul un fino y simple galón. El día que ese espíritu se desvanezca, se trizarán los cimientos de las Marinas de guerra del mundo.

